

MARIO ANGEL MOYA UMAÑA

IDENTIFICACION DEL SER MISMO

Me parece que una de las causas importantes de la asfixia que sufre la filosofía contemporánea es el problema del Ser mismo. Este misterio secular parece frenar el vuelo creativo de la mente filosófica, impidiéndole ponerse al nivel de la creación científica, restando a la ciencia su valiosa colaboración y obligando a ésta a asumir el doble papel de descubridora de nuevas leyes físicas —que es el que legítimamente le corresponde, en un sentido amplio— y, a la vez, el de investigadora de los principios fundamentales de donde aquéllas proceden, que es actividad propia de la filosofía y su método.

Es en realidad asunto de urgencia extremada restablecer el equilibrio entre ciencia y filosofía, antes de que la excesiva, quizás ilegítima autonomía de la primera dentro del campo del conocimiento humano, arrastre a nuestra civilización al caos material y espiritual, cuyos indicios fatídicos ya observamos en todo el mundo.

Una vez que se conoce el quid, el problema del Ser, al igual que otros enigmas fundamentales, aparece revestido de una simplicidad extraordinaria, hasta el punto de que parece increíble no haber dado antes con tan evidente solución. Esta circunstancia, a menudo observada en los problemas gnoseológicos, responde, al parecer, a un mecanismo básico de la constitución íntima del mundo que nos rodea y del que nosotros y nuestra mente formamos parte.

*
* *

Ser-algo, Ser-nada. He aquí los dos polos que han canalizado y arrastrado por siglos al pensamiento reflexivo en sus meditaciones metafí-

sicas. Ser o No-ser ha sido hasta ahora la cuestión suprema de la filosofía, ya sea en planteamientos expresos, como en Hegel, Nietzsche, Heidegger, Sartre, etc., o como presupuesto implícito a través de toda la ontología y la metafísica.

Las más grandiosas construcciones filosóficas obedecen en el fondo al estímulo de esta oposición básica, que constituye el núcleo del principio de contradicción; y éste, a su vez, representa uno de los pilares ontológicos, antes de pasar a desempeñarse como instrumento de la lógica, por cuanto en su forma: "Lo que es, es y no puede dejar de ser", determina al ente en cuanto ente, materia específica de la ontología.

La situación que plantea el Ser-algo frente al Ser-nada, se puede ilustrar o simbolizar por un hombre tratando de contemplar su imagen reflejada en un pozo . . . sin fondo. Este cuadro permite vislumbrar en su grafismo la razón por la cual el problema del Ser mismo resulta saturado de misterio irreductible.

Ahora bien, si enfrentar el Ser-algo al Ser-nada constituye un procedimiento infecundo que sólo prolifera en espeso follaje, debemos intentar una sustitución de esa fórmula tradicional, a la manera copernicana, para comprobar si realmente la oscuridad proviene de mirar dentro del pozo insondable o de alguna propiedad intrínseca del Ser.

Ser-algo representa la realidad objetiva, el uno-entre-muchos, pues su sentido implícito se expresa en el concepto de "ser algo distinto a todo lo que existe actualmente". Si a este concepto oponemos, en lugar de Ser-nada, el de SER-TODO, cuya expresión integral sería: "ser todo lo que distintamente es cada cosa que existe actualmente", vemos que la fórmula antigua se transforma en esta nueva: *Ser-algo es lo mismo que ser-algo-mucho y su opuesto es ser-todo-único.*

Con esta sustitución conseguimos inmediatamente un resultado concreto. Mientras que de Ser-nada sólo se puede predicar la negación de los atributos del Ser-algo, tenemos, en cambio, que del Ser-todo podemos predicar, en primer término, su unicidad; y sobre esta primera nota hallamos correlativamente que ser-todo-único implica: 1) Existir en sí mismo; 2) Existir por sí mismo, y 3) Existir para sí mismo.

¿Qué significan estas tres formas de existir, si es que tienen algún significado extranominalista? Pues, significan algo concreto y muy importante. Lo primero significa "*ser su propio espacio*". Lo segundo, "*ser su propia energía*". Lo tercero, "*ser su propia conciencia*".

En consecuencia, la sustitución propuesta ha resultado totalmente acertada, pues nos revela de un golpe la identidad del Ser mismo. En efecto, la vieja pregunta: ¿Qué es el ser en sí mismo?, queda contestada explícitamente cuando descubrimos que existir en sí mismo es lo mismo que ser su propio espacio. En consecuencia, la "cosa en sí", el substrato irreductible oculto detrás de las estructuras puramente materiales, la sustancia única universal, en una palabra, no es sino el Espacio. Así como su manifestación física ponderable, su "poder ser algo distinto", no es otra cosa que la Energía. Finalmente, como su actividad específica, su propiedad, vale decir, su "para sí", es la Conciencia o autoperceptividad.

Así se explica entonces por qué en ningún sistema de conocimiento se puede prescindir del Yo cognoscente, explícita o implícitamente, pero siempre necesariamente, involucrado; y por qué en ningún método de análisis o experimentación se puede prescindir de la energía mensurable, involucrada necesariamente en toda transformación; y por qué en ningún plan de existencia o esquema existencial teórico se puede prescindir del marco espacial, involucrado necesariamente en toda ubicación o locación.

Creo que he aportado evidencia suficiente para que toda duda referente a la identidad del Ser mismo pase a ser anacrónica. Creo que nos hemos desprendido definitivamente de la obsesión del ente en cuanto ente, que es la del Ser mismo, y que podemos, desde ahora, pensar en una renovación de la Metafísica, para elevarla a su prístino sitio de antesala de la Ciencia; el campo donde se formulan los grandes esquemas universales, en constante renovación, que han de regular y dar un sentido antropocósmico a las realizaciones de la ciencia y la técnica, que hoy avanzan ciegas y descontroladas a la autodestrucción, por la limitación necesaria y voluntaria de su visión profesional, regida exclusivamente por la exactitud, que es su legítimo criterio.